

# EL SECUESTRO DE PÍO XII



Mario Dal Bello

# EL SECUESTRO DE PÍO XII

La conspiración de Hitler



Ciudad Nueva

Título original:

*La congiura di Hitler. Il rapimento di Pio XII*

© 2014, Città Nuova Editrice

via Pieve Torina, 55

00156 Roma

[www.cittanuova.it](http://www.cittanuova.it)

Traducción: *Javier Rubio*

Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico:

*Antonio Santos*

© 2015, Editorial Ciudad Nueva

José Picón 28 - 28028 Madrid

[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-316-4

Depósito Legal: M-4298-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## Introducción

### Un discurso arrojado al fuego

En la cocina del tercer piso del Palacio Apostólico del Vaticano, en agosto de 1942, junto a una gran estufa de hierro, está el papa Pío XII, alto y macilento. Tiene en las manos dos grandes hojas de papel escritas con su caligrafía precisa y menuda. Las está arrojando al fuego y comprueba atentamente que ambas se quemen. Las tres monjas alemanas que atienden el apartamento papal lo observan a distancia, en silencio, sorprendidas: es ya la hora de comer, pero el Papa, siempre tan puntual, esta vez parece no tener prisa.

Pío XII, de tez pálida como su túnica, se muestra agitado, visiblemente turbado. Sor Pascalina Lehnert, la única que tiene una respetuosa confianza con Pacelli, se atreve a intervenir:

–Santo Padre –dice desorbitando su mirada azul–, ¿por qué quema esas hojas?

–Aquí está mi protesta contra la cruel persecución de los judíos en Holanda –responde el pontífice mirándola directamente a los ojos, como suele hacer–. Iba a publicarla en *L'Osservatore Romano*.

Es una carta contra las represalias nazis mucho más dura que la de los obispos holandeses, que se había leído en las iglesias el 26 de julio de ese año y había desencadenado el arresto de miles de personas. Algunos hablan de 40.000.

–La mía –añade Pío XII– podría costarle la vida a 200.000. –El papa está decidido; no puede asumir tamaña responsabilidad–. Es mejor no hablar oficialmente –prosigue en tono febril, como dirigiéndose a sí mismo– y trabajar en silencio por este pueblo.

–¿No es una pena quemar esos papeles? –interviene sor Pascalina–. Podrían resultar útiles algún día.

–Es verdad –responde el Papa–, pero si los nazis llegan aquí dentro y los encuentran, ¿qué sería de los católicos y de los judíos en manos alemanas? Es mejor no correr ese riesgo.

Las llamas acaban consumiendo el papel.

Luego el Papa come. Solo, como siempre, y rápidamente. Se le ve pensativo. Ese comentario que les ha hecho a las hermanas sobre una posible invasión nazi en el Vaticano no es mera hipótesis. Podría ocurrir de verdad. Monseñor Montini, número tres en la Secretaría de Estado, a quien el Papa ve con regularidad, había advertido unos días antes a sor Pascalina. «No hay que dejar por ahí documentos importantes –le dijo muy serio– porque en cualquier momento podríamos sufrir una invasión». La monja había sentido escalofríos y se había santiguado agitada. Ahora la religiosa se está acordando de aquella advertencia y comprende mejor el comportamiento de Pío XII. Metódica y precisa como es, obede-

cerá escrupulosamente esas directrices. A partir de ahora pondrá mil ojos para comprobar que no se extravíen documentos comprometedores del escritorio del Papa. Lo seguirá como una discreta sombra, tal y como está acostumbrada.

¿Fue verdaderamente real el peligro? Al parecer, Adolf Hitler había planeado invadir el pequeño Estado. Es más, quería arrestar y deportar al propio pontífice.

Una auténtica conjura contra el Papa, un plan como el que había llevado a cabo un siglo antes Napoleón contra Pío VI y Pío VII.

¿Qué ocurrió en aquellos duros y difíciles días? ¿Por qué se abortó el proyecto cuando faltaba tan poco para ponerlo en práctica? ¿Cómo vivió el pontífice en dicha situación de incertidumbre, con una Europa en guerra y un Vaticano bajo amenaza?

Hay muchas preguntas, pero no todas han tenido aún respuesta.

Es un asunto que tiene algo de intriga política. Este libro pretende narrar a grandes rasgos una historia que aún hoy sigue siendo desconocida para mucha gente, a la espera de ser desvelada por nuevas indagaciones.

## 1. Un cabo invulnerable

En el frente occidental, en Flandes, en el 16º regimiento de infantería de la reserva del Reino de Baviera, hay un pintor enjuto de 25 años, con unos vivarachos ojos azules y un mechón que le cae por la frente. Desde agosto de aquel año, 1914, Francia e Inglaterra están en guerra contra los imperios centrales, Alemania y Austria. Se combate duramente. El regimiento está formado por jóvenes intelectuales y artistas, voluntarios entusiastas de la guerra. El pintor es austríaco y no ha superado la revisión médica para el servicio militar, pero se ha enrolado voluntario en Baviera. Se llama Adolf Hitler.

De Austria ha llegado a Múnich, tras una infancia triste y una juventud dilapidada vagabundeando por Viena, tratando inútilmente de que lo admitieran en la Academia de Bellas Artes. Tiene la cabeza llena de ideas: los antiguos mitos germánicos, la música de Wagner, el anti-semitismo, el odio anticomunista...

Es un joven peculiar. Habitualmente encerrado en un profundo mutismo, de pronto se arranca con largos discursos contra la sociedad, que hay que «revolucionar».



Anda buscando una orientación en la vida: ser artista, orador político o vaya usted a saber. Pero de una cosa está seguro: no quiere permanecer en el anonimato. Y está convencido de que lo logrará.

En la extensa llanura de Flandes, el ejército bombardea pueblos y ciudades. En medio de esos muchachos de apenas 17 años, fácilmente impresionables, Adolf entona el canto *Deutschland, Deutschland, über alles, über alles in der Welt* (Alemania, Alemania por encima de todo, por encima de todo el mundo). «A la gente le gusta la guerra –dice a sus camaradas en los momentos de tregua en la trinchera– y yo soy un enemigo de la paz. Tenemos que exterminar a los marxistas, esa banda de maleantes que envenenan al pueblo, y a los judíos, que merecen ser eliminados con gases asfixiantes».

Algunos quedan subyugados por los discursos del pálido hombrecillo, por sus feroces invectivas contra la sociedad «podrida». Un joven estudiante de filosofía de Múnich, Rudolf Hess, está fascinado con él.

Ahora están acuartelados en Furnes: doce días combatiendo contra las tropas anglo-francesas alternando con otros seis de descanso. Se combate bajo una lluvia torrencial. Los campos están inundados y las casas corroidas por la humedad. No hay descanso.

«Ni una bala, ni una herida», susurran los compañeros señalando al soldado Hitler, perdido en sus pensamientos. «Vuelve indemne después de cada asalto –comenta certero Rudolf Hess–. Esta mañana un proyectil le ha silbado muy cerca. Le ha roto la manga derecha de la guerrera pero ha resultado ileso. Es un milagro».

Unos días después el propio Adolf lo cuenta. Por su habilidad como correo lo van a condecorar con la Cruz de Hierro. «Otros tres compañeros y yo –cuenta con su voz áspera a los jóvenes– nos hemos salvado por otro milagro. En la tienda del comandante no había suficiente espacio para los cuatro y hemos tenido que salir un momento. Hacía unos quince minutos que estábamos fuera de la tienda cuando ha caído una granada enemiga y ha matado a todos los que estaban dentro. ¡Y nosotros incólumes!».

«Adolf es invulnerable», reconocen los soldados. Él no escurre el bulto. En los alrededores de Lille combate en medio de cañonazos, bombardeos aéreos y lluvia de piedras. Ni una herida. Él mismo empieza a creer en su invulnerabilidad. ¿Lo habrá guiado «su» destino desde Braunau am Inn, donde nació, y luego desde Viena, donde vivió una vida miserable, hasta Alemania, que ahora es su «segunda patria»?

Tras dos años de guerra, ascendido ya a cabo, su vida sufre un brusco frenazo: el mito de su invulnerabilidad se quiebra. Adolf está combatiendo junto a sus camaradas a orillas del Somme. Refriegas, humo, polvo, gritos de los heridos, muertos caídos, balas que silban y el tronar de los cañones... La metralla de una granada inglesa lo alcanza en el muslo izquierdo. ¿Habrá cambiado la dirección de su destino? Adolf es socorrido y llevado a la enfermería. «No quiero estar aquí –dice–, devolvedme a Alemania». Satisfacen su deseo y el viaje resulta interminable, marcado por unas prolongadas paradas en la retaguardia. La guerra lo está destruyendo todo.